

muy bueno, responde, pues es el mas corto.... En fin, variaron el camino, á pesar de que era horroroso. Aunque la Duquesa era naturalmente muy tímida, en este momento nada la intimidaba; no consideraba el peligro de voltearse el coche, sino en la desgracia de la tardanza: ningun otro riesgo existía en su pensamiento. El amor dá á la vez la confianza y la intrepidez: cuando uno se expone por él, se cuenta de tal modo con su estrella, que todos los riesgos desaparecen.

A pesar de los surcos, piedras y hoyos profundos, la Duquesa esforzaba fuertemente á los cocheros á que avanzasen con rapidéz: ya quedaba poco camino; pero para ella era inmenso, pues la separaba de Luis! Con la mas violenta agitacion, sacando la cabeza fuera de la puerta, y el rostro bañado en lágrimas, ella dirigia sus ansiosos ojos á lo lejos, aunque la llanura del terreno y gran cantidad de árboles no le permitian distinguir las tropas; pero sabia que se acercaba, y cada paso aumentaba su agitacion y el ardor de su impaciencia. Nosotros vamos á verle, exclamaba: oh! ¡cuál será su alegría! ¡cuál mi felicidad! En medio de estas ideas deliciosas, de repente caen en una grande ho-

ya, se volteó la berlina, y se quebró un cristal, recibiendo madama de la Valliere dos heridas bastante profundas, una en la barba, y otra en el brazo derecho, que con el choque de la caída se habia tambien lastimado. En el momento mismo de este accidente, su primer movimiento fué gritar á los criados, que levantarán prontamente el carruage: obedecieron, y continuaron la marcha. La Duquesa sufría grandes dolores del brazo, que se habia hinchado excesivamente, á pesar de que lo llevaba colgado de un pañuelo; pero se repetía las siguientes palabras: *El conocerá el riesgo que he corrido por anticiparme su vista!...* Sin embargo, para no causarle susto, enjugó cuidadosamente la sangre de sus heridas. En este instante, echando los ojos sobre la campaña, un grito penetrante salió de lo mas íntimo de su corazon: ella veía las tropas, y distinguia ya al Rey!... Este Príncipe, que conoció la berlina y librées de madama de la Valliere, partió de galope ácia la Duquesa desatinada; se acerca á la puerta del coche, diciéndole: ¿Pues qué, primero que la Reina? Estas fueron sus primeras palabras: palabras que reprobaban su empeño imprudente, sin duda; pero muy tierno!...

¿Un reproche severo á tanto amor!... La Duquesa, herida como de un golpe de rayo, quedó inmóvil, helada, humillada, guardando un profundo silencio: ¿qué habia de decir para justificarse, cuando él la condena? Sin embargo, dirigiéndole la vista, percibe que trae un brazo pendiente del pañuelo, se conmueve, la pregunta la causa; la Duquesa no estaba capaz de responder, y sus criados le explican lo que acababa de suceder. Ah! exclamó entonces el Rey: cuando yo estaba enfadado de veros venir por ese camino, era un presentimiento de la pena que experimento! Esta frase reanimó un poco á la Duquesa; pero no la consoló: hay ocasiones en que nada repara una palabra dura, escapada en un primer movimiento: la perdona fácilmente quien ama; pero no la olvida jamás: un corazon, profundamente herido, nunca se cura; porque la ternura y la dulzura preservan del resentimiento; pero no del sufrimiento. El Rey se mostró muy sensible; pero ya no era tiempo: todas las quimeras de felicidad acababan de desvanecerse; una cara ilusion se habia, en fin, disipado! La conversacion fué corta, por estar el Rey precisado á continuar su camino para encontrar á la Reina; no obstante, dijo á la Du-

quesa, que para procurarle algunas horas de descanso, él dormiría en Amiens. Al oír la Duquesa la palabra descanso, no pudo la infeliz contener un profundo suspiro; mas el Rey no lo oyó, y la dejó. Ella se sentía medio desmayada, no obstante le seguía siempre con los ojos; pero él no volvió una sola vez la cabeza!... Muy luego una nube de polvo lo oculta á su vista; entonces, cuasi sin sentidos, cayó oprimida en medio de su coche: se asusta de hallarse sola, entregada á sí misma; en vano quiere ahorrar crueles reflexiones; un pensamiento dominante y terrible oprime su corazon y ocupa su imaginacion; una voz fúnebre grita en lo interior de su corazon herido: *él no me ama ya!*... Los recuerdos vivos y rápidos, semejantes á la luz del relámpago pavoroso, le hacen entrever la horrorosa verdad, y acordarse de cuantas advertencias ha despreciado. Los sentimientos mas amargos se unieron á su dolor, de tal manera, que le impedían hasta el desahogo de las lágrimas; porque las secaba la indignacion. Su brazo la hacia padecer mucho, y este dolor físico producía uno moral, mil veces mas sensible, al que atribuía la causa y el resultado. Apenas llegó la Duquesa á Amiens, cuando el

Rey, seguido de un cirujano, entró en su cuarto: ella no vió en este paso sino un esmero, propio de la humanidad y la compasion. Mientras el facultativo examinaba la herida, llegó madama de Montespan; la Duquesa se sobresalta, y, en el momento, mira al Rey, quien manifestó un aire confuso. Madama de Montespan corrió á abrazar á la Duquesa, á quien tocó ligeramente el brazo; ésta la repelió, diciéndole: ay! *retiraos, que me haceis mal!* Madama de Montespan, que de nada se turbaba, manifestó entender estas expresiones del modo mas sencillo; pero no quiso tomar asiento, porque dijo, tenía que volver al instante á la compañía de la Reyna, y salió. Ocho minutos despues se despidió Luis de madama de la Valliere, informado ya por el cirujano, que el brazo de la Duquesa no estaba ni dislocado ni quebrado.

Una sola sospecha basta comunmente para disipar un largo error; se abren los ojos, se mira, y se le vé. La inteligencia del Rey, y madama de Montespan, le pareció tan clara á la Duquesa, sobre todo, recordando tantos rasgos que la confirmaban, que ya solo se admiró de su pasada ceguedad; sin embargo, su corazon combatía la conviccion de su entendimiento; ella se

repetía: *yo no tengo pruebas ciertas.* Ella no estaba por eso menos convencida de su desgracia; pero sentia algun consuelo en poder decirse esta frase (1). Sus criadas la desnudaron para meterla en cama; estaba tan agoviada del cuerpo y del espíritu, que no podia moverse ni sostenerse, y así se dejaba sin ayudarlas ni hacerles resistencia. Le presentaron un espejo, y dirigiendo á él sus ojos, se sobresalta al ver el cambio de su semblante: al momento recuerda la brillante figura de madama de Montespan, se compara á su rival, y un sentimiento humillante llena su corazon de amargura. A pesar de sus extravíos, habia en su alma tal fondo de pureza, que jamás habia pensado que los encantos de su figura fuesen un medio de atraer al Rey; pero en aquel instante, aunque se avergonzase de ello, deseaba la hermosura: ella encontraba mayor la pérdida de lo que era efectivamente; tenía las mismas gracias, unos ojos incomparables, y una fisonomía celestial; pero teniendo tanta sensibilidad, ¡cómo podia conservar el vivo frescor de la juventud!

(1) ¡O rareza del amor, que aun las ficciones se desean, y se procura darles el aspecto de verdad!

A pesar de su fatiga y descacimamiento, no pudo en toda la noche gustar un momento de sueño: no obstante, á la mañana siguiente su brazo estaba cuasi bueno, y partió al mismo tiempo que la Reina. ¡Cuánto sufrió en este camino, que acababa de pasar en una situación muy diferente! Todo lo que habia causado su alegría y sus transportes, le causaba ahora las mas dolorosas sensaciones, que la sumergian en un horrible abatimiento. Aunque amase al Rey con mas pasión que nunca, ella experimentaba un sentimiento indefinible y penoso, al oír al pueblo celebrar sus hazañas: entonces debió conocer, cuán egoísta es el amor mas tierno. Aquellos gritos patrióticos no podian ya lisongearla, embriagar su amor propio, ni producir sino un triste movimiento, parecido á la embidia. Lo que hay mas horroroso, despues de la inconstancia de un amante, es perder, antes del rompimiento, toda ilusion sobre sus propios sentimientos; y no poder ya deificar este afecto, al cual todo se ha sacrificado, y que se creía tan desinteresado, tan poco comun, tan generoso. Entonces, examinándolo, ¡cuántas pequeñeces, cuántas personalidades se descubren! ¡Cómo se reconoce su debilidad, tratándola de imprudente

y culpable! ¡No hay consuelos, no hay excusa! ¡Ah! Para ser buen juez de si mismo, es necesario dejar de ser amado. Esta fatal desgracia nos quita siempre algo de nuestra propia estimacion, y destruye todos los prestigios, todos los encantos del amor.

Llegaron tarde á Versalles: la Duquesa á nadie vió, y se encerró en su casa. Madama de Montespan refirió al Rey, que la Reina estaba excesivamente ofendida de que madama de la Valliere hubiese querido verle antes que ella; aunque no dejó de exagerar el resentimiento de la Reina, y sí procuró pintar con los mas vivos colores la indignacion de toda la Côte. Ella sostuvo, que la frialdad natural de la Duquesa (así llamaba su modestia) haciéndola incapáz de entusiasmo, no habia podido ejecutar tal accion, sino por insultar á la Reina. Madama, y la Señorita de Montpensier, enemigas personales de la Duquesa, aprovecharon tal ocasion para declamar contra ella; agregaron que la Reina, en el momento de ver salir su carruage del camino real, tuvo impulsos de mandarlo detener por sus guardias (1); y que

(1) Memorias de la Señorita de Montpensier.

al mismo tiempo habia dicho, que conocía claramente, por la insolencia actual de madama de la Valliere, que toda la humildad manifestada, durante la ausencia del Rey, no habia sido sino obra de la bajeza y la falsedad. Aunque todas las damas que iban en la carroza de la Reina no habian perdonado nada de cuanto podia irritarla contra la Duquesa, esta Princesa no habia dicho semejantes expresiones; mas este discurso fué tan repetido y tan aprobado, que la Reina, acaso lisongeandose de que se le atribuyera, no tuvo la franqueza de desmentirlo; con lo que necesariamente se veía obligada á tratar á la Duquesa con mas sequedad que antes. Esto era lo que se deseaba, esto lo que se esperaba....

La mañana siguiente no pudo la Duquesa escusarse de recibir muchas personas, que vinieron únicamente á instruirla de estos pormenores. Benserade, que le profesaba una sincera amistad, y que siempre se habia conducido lealmente con ella, no se habia atrevido, sin embargo, á advertirle la traicion de madama de Montespan; pero no le ocultó la perfidia con que ella habia tratado en esta ocasion de irritar el ánimo de la Reina y el Rey: madama

de la Valliere suspiró, devoró sus lágrimas, y no respondió cosa alguna: su corazon estaba muy lastimado para descubrirse.

A poco vino el Rey; la Duquesa se pone pálida al encontrarse sola con él, temerosa de una explicacion: en efecto, no podia hallar en ella mas que la completa confirmacion de su desgracia! El Rey estuvo frio y turbado: rompió la conversacion anunciando hallarse cargado de negocios, que solo le permitian demorarse un instante; y luego dijo á la Duquesa: que con ocasion de su vuelta, y la conquista de Flándes, se presentaría aquella noche toda la córte en el cuarto de la Reina, adonde deseaba verla. Madama de la Valliere hizo una señal de obediencia, bajó sus ojos llenos de lágrimas, y guardó silencio. Conoció que el Rey exigia este paso respetuoso como una especie de reparacion del agravio, que se le imputaba, hecho á la Reina. Continuó el Rey hablando de otras cosas, y, repentinamente, sacando su muestra, salió con precipitacion: la Duquesa quedó en un estado de abatimiento, semejante á la estupidez; en fin, á la noche se presentó en la cámara de la Reina. Todos los patios estaban iluminados, un inmenso pueblo los ocupaba; to-

do anunciaba felicidad, gozo; y esta misma alegría pública parecía agravar los males de la infortunada Duquesa. La Reina la recibió con la mas seca gravedad; todas las Señoras le manifestaron un aire de ceremonia; porque en tales lugares no se ejecutan escenas, y la malevolencia y el desdén, solo se muestran por medio de una política afectada, seria y graciosa. La Duquesa, penetrada de dolor, débil y aun enferma, no experimentaba toda la confusion que deseaban causarle; porque su estado no permitía reflexionar, ni observar; pero sí sentia cierta indisposicion y un desaliento, que le infundian los mas vivos deseos de substraherse á tan penosa violencia. Estaban todos de pie; y la Reina, después de haber recorrido el círculo, se apoyó en la cornisa de una chimenea, y esperaba al Rey para comenzar las partidas de juego, platicando con madama Henriqueta, la Princesa Palatina, madama de Soubise y madama de Montespan. La Duquesa se hallaba al extremo opuesto del salon, y como las señoras que allí se habian reunido, hablaban entre ellas con viveza, no le dirigian una sola palabra, ni aun manifestaban haberla observado; ella se habia separado dos ó tres pasos del corrillo mas inmediato, y no pu-

diendo cuasi sostenerse, pálida, inmóvil, los ojos tristemente fijos á la puerta, por la cual debia entrar el Rey, esperaba con encogimiento que apareciese en la cámara, decidida á irse en el momento. Repentinamente madama de Montespan deja el grupo que cercaba á la Reina, atraviesa el salon con un aire triunfante, y se acerca á la Duquesa; le habló de un modo interesante, como compadecida de su aislamiento y confusion. Esta afectada bondad, sacó á madama de la Valliere de su distraccion; mas no pudiendo soportar la proteccion de madama de Montespan, la recibió con la mas notable sequedad. Madama de Montespan, sin darse por entendida, la dijo, sin embargo, tres ó cuatro expresiones en un tono indiferente y ligero, y en seguida se separó. Un minuto después se abrió la puerta, y el Rey se presentó: echó la vista sobre aquella reunion, y con una ojeada penetró cuanto pasaba y lo que habia precedido: vió á madama de la Valliere mal acogida, desamparada, aislada, humillada, hallándose en la concurrencia solo por obedecerle!... En este momento, su equidad natural, su grandeza de alma y su arrogancia, ocuparon el lugar del amor, que ya no le tenia; y acercándose á ella, le ha-

bló con una expresion que confundió á los observadores. La primera persona que nombró Luis para su partida de oca (1), fué á la Duquesa; y notando que estaba medio trémula, y tendría incomodidad en atravesar el salon, hizo poner la mesa en el lugar que ocupaba, y comenzó la partida. No llamó á madama de Montespan, ni la miró una sola vez en toda la noche, é hizo sentar á la Duquesa á su lado, ocupándose de ella solamente: halló modo de decirle, de mil maneras, las cosas mas tiernas y mas lisongeras, con aquella delicadeza y gracia que era propia solo de él: ella, no obstante, no vió en esta conducta sino la generosidad que le conocia; pero su corazón luego se engañó, y empezó á recuperar, por grados, la esperanza de toda su felicidad. ¡Fácilmente se apodera de nosotros un error cuando se quiere! y ella habia siempre confundido en su alma la pasion y la fiel amistad, con lo que volviendo á encontrar la ternura en las miradas del Rey, creía encontraba tambien el amor. Al acabarse el juego vinieron á participar al Rey, que en los patios de

(1) Juego francés, de suerte, que ellos llaman Hocca.

Versalles, el pueblo se habia entregado a un entusiasmo tan extravagante, que para hacer fogatas de regocijo, estaban quemando las sillas de manos de las damas; y que en el pátio de los príncipes echaban al fuego los artesonados y entarimados que se destinaban para la gran galería. S. M. se echó á reír: dejad que hagan lo que quieran, respondió, harémos otros; no quiero turbarles su alegría (1). Esta respuesta hizo correr las lágrimas á la Duquesa: la admiracion le restituyó toda su confianza; se le figuró que era imposible que quien mostraba un reconocimiento y una bondad tan tierna, aquel que parecia tan sensible á la dulzura de ser amado, pudiese ser ingrato con ella.

Luego que el juego se acabó, se levantó el Rey, y todos quedaron de pie medio cuarto de hora: madama de Montespan y los enemigos de la Duquesa, dejaban ver en sus semblantes una expresion patente de confusion y descontento; la demás concurrencia, de uno y otro sexo, rodeó á madama de la Valliere, quien jamás mostró mas sencillez, agrado y modestia. La Reina, á quien el Rey acababa de hablar en voz muy

(1) Memorias de Choisy.

baja, se acercó á ella con un aire un poco turbado; pero le dirigió la palabra con mucha benignidad: la Duquesa conoció, que aun era el Rey quien le hablaba, pues le fué fácil adivinar que él habia prescrito este paso, y su ternura no le permitió responder sino con una inclinacion respetuosa, y una mirada la mas afectuosa: de este modo salió del salon, reanimada y vuelta á la vida. Muchos cortesanos la acompañaron, disputándose la preferencia; y al concluir las escaleras llamaron á sus criados, y dijo ella: *supongo que mi silla fué una de las quemadas*: en efecto, era así. Entretanto que se informaban, llegó madama de Montespan sola, porque todos los favoritos del Rey estaban con su rival: su fisonomía estaba sombría, y su continente agitado. Madama de la Valliere, acercándose á ella, le habló con un semblante agradable y sereno; y madama de Montespan, aparentando un tono de ingenuidad, la felicitó por hallarse menos abatida que cuando entró al cuarto de la Reina: ciertamente, respondió la Duquesa con naturalidad, estaba entonces tan dolorida!.... pero ya no lo estoy.... A estas palabras, madama de Montespan se sonrió maliciosamente, con deseo que se observase su sonrisa: quería

poner en duda el favor de madama de la Valliere, y al mismo tiempo renovar la inquietud de su rival: la Duquesa no se alarmó; pero, penetrando su intencion, se irritó vivamente. A la sazón le avisaron, que su silla estaba reducida á cenizas: ¡ah! tanto mejor, exclamó, nos irémos á pie. Lauzun y el Duque de Roquelaure, se ofrecieron á acompañarla: el primero, que debia cenar en casa de madama Montespan, dirigiendo á ésta la palabra, se excusó de conducirla hasta su casa; á lo que ella respondió irónicamente: esto es muy sencillo, madama de la Valliere necesita mas de un apoyo, y yo puedo pasarme sin él (1). Sí, Madama, respondió la Duquesa, es cierto que necesito de apoyo; pero jamás lo busco; y concluyendo estas palabras la dejó. Entrando la Duquesa en su casa y hallándose sola, empezó á reflexionar todo lo que habia pasado aquella noche, y se confirmó en la dulce opinion de que habia recobrado todos sus

(1) La ironía de madama Montespan era ofensiva á la Duquesa en doble sentido: ella era coja, y se le suponía caída del favor del Rey; la Duquesa penetró su intencion, por eso en su aguda respuesta le dice, que *ella no busca apoyo*; aludiendo á la embidia de madama Montespan, é intrigas contra su rival — *El Traductor.*

derechos sobre el corazón de Luis, ó por mejor decir, que nunca los había perdido; mas ella conservó todas sus sospechas contra madama de Montespan: acababa de ver su despecho y acritud, y no podía olvidar una infinidad de rasgos, que probaban su ambicion y falsedad. Este mismo carácter la aseguraba mas; no se persuadía que el Rey concibiera una gran pasión por una persona, que bajo de ningún aspecto merecía su estimación: á pesar de esto, se vió obligada á confesar, que madama de Montespan había seducido al Rey un momento; mas pensó que esta fantasía pasajera solo había dejado en su corazón un profundo desprecio ácia aquella que había hecho traición á la amistad, con tanto artificio y perfidia: imaginó que madama de Montespan no volvería á visitarla; pero se engañó. Esta, furiosa con el triunfo obtenido por la Duquesa, conoció que era peligroso manifestar al Rey su sentimiento: veía que Luis gustaba de que se honrase siempre el objeto que tanto había amado; y que, por otra parte, conservaba á madama de la Valliere una adhesión que podía, á los ojos de los demás, confundirse con el amor: en fin, se persuadió, que jamás empeñaría al Rey á declarar públicamente su inconstancia, y rom-

per con la Duquesa. No obstante, madama de Montespan no podía contentarse con ser preferida en secreto; todos los intereses de su corazón y su vanidad, le hacían desear con ardor ocupar, sola, lo que se llamaba en la Corte la plaza de madama de la Valliere. Ella se repetía, que su rival no sabía distinguir el amor de la amistad; que crédula y confiada, no atribuía la frialdad del Rey sino á efecto de una larga hábitud; y que siempre que él le manifestase los mismos cuidados y la misma ternura, estaría satisfecha, ó, al menos, no se quejaría jamás. Madama de Montespan tenía, indudablemente, por el Rey una violenta pasión, que la hacía mayor la gloria que este gran Príncipe acababa de adquirir: ningún sentimiento de honor era capaz de reprimir su ambicion: no ignoraba que todos conocían su debilidad, y que los numerosos enemigos de la Duquesa le mostraban tanto interés, porque esperaban que triunfaría de su rival. Conocía bastante la Corte, y estaba segura que todos sus partidarios la abandonarían, observando que estaba desavenida con la Duquesa, y no tenía ascendiente para obligarla de nuevo á dejar la Corte. Pero, ¿cómo se había de manejar esta intriga, siendo Luis incapaz de semejarle

crueidad, indignándose solo de que se le aconsejara, y debiendo la Duquesa conocerla por pruebas muy formales y positivas? Madama de Montespan no se atrevia á declarar la verdad, temiendo irritar al Rey: esto habria sido faltar a sus promesas, y rasgar groseramente el velo que cubria su ambicion. Era preciso, pues, que el acaso descubriese todo á madama de la Valliere, ó que al menos, le quedase alguna disculpa á madama de Montespan: esta reflexion le sugirió la idea de una extratagemá, que ejecutó al momento.

Madama de Montespan tenia un librito de memoria con el retrato del Rey, y dos cartitas muy apasionadas, escritas de su propio puño: lo metió en su bolsillo, y se dirigió á casa de la Duquesa. Esta, no previendo tal visita, no habia podido excusarse, y se sorprendió sumamente al verla entrar. Madama de Montespan fingió una turbacion, que ciertamente no tenia, y daba á entender, que deseaba una explicacion, que rehusó la Duquesa. La conversacion fué lánguida y forzada; pero duró bastante la visita: se levantó madama de Montespan, y salió precipitadamente. Pasados algunos minutos, dirigió casualmente la vista la Duque-

sa, al lugar que acababa de ocupar madama de Montespan, y divisó un libro de memoria, abierto, de manera, que medio percibió el retrato del Rey: se quedó inmóvil un momento, con los ojos fijos sobre este objeto: en seguida, con una mano trémula, toma el libro de memoria, bien cierta que no se habia quedado por olvido, sino con algun designio: lo mira, conoce la letra del Rey, y empieza á leer temblando.... La primera carta estaba datada tres meses antes del viage de Amiens; y la segunda, despues de la vuelta. ¡De este modo se descubrió repentinamente la verdad á la infortunada Duquesa! La opresion que experimentó, creyó serle funestisima; porque no pudo verter una sola lágrima. Un amargo resentimiento, una profunda indignacion sofocaban su sensibilidad, ó, al menos, reprimian su desahogo: echando en su contorno miradas de admiracion, se veía sola en el universo; sola, con la vergüenza y los remordimientos!.... ¡Fausto ignominioso! exclamaba: ¡pompa horrible! ya puedo, en fin, despreciaros!.... ¡Un nudo fatal me tenia en este palacio; ya se rompió!.... yo no soy ya sino una esclava extrangera. Mas, ¿qué lugar me servirá de asilo? ¡Me atreveré á presentarme en mi pátria!....